



hombre, y que lo que tiene de individual y de distinto no es más que un accidente, síguese de aquí que teniendo de Dios por Adam lo que constituye su esencia, y de Dios por sus padre lo que constituye su forma, no hay hombre ninguno que, considerado en su conjunto, no se asemeje más á Adam que á su propio padre.

Por lo relativo á la pena, la cuestion está resuelta por sí misma desde el momento en que se da por cosa averiguada que se me trasmite la culpa; como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias es necesario lo que es justo, síguese de aquí que la desgracia que padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena. La pena y la desgracia, que son cosas diferentes bajo el punto de vista humano, son cosas idénticas bajo el punto de vista divino. El hombre llama desgracia al mal producido en calidad de efecto inevitable de una causa segunda, y pena al mal que un sér libre impone voluntariamente á otro en castigo de una falta voluntaria; y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente (1); síguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma. Véase cómo bajo el punto de vista divino toda desgracia es siempre una pena, y toda pena una desgracia.

Por lo que dijimos antes, se ve cuán grande es el error de aquellos que, sin maravillarse de las misteriosas analogías y de las afinidades secretas que pone Dios entre los padres y sus hijos, se maravillan de esas mismas afinidades y de esas analogías misteriosas puestas por Dios entre el rebelde Adam y sus míseros descendientes. No hay entendimiento que entienda, ni razon que alcance, ni imaginacion que imagine lo fuerte del vínculo y lo estrecho de la lazada puesta por el mismo Dios entre todos los hombres y ese hombre único, á un tiempo mismo unidad y coleccion, singular y plural, individuo y especie, que muere y que sobrevive, que es real y simbólico, figura y esencia, cuerpo y sombra; que nos tuvo á todos en sí y que está en todos nosotros; pavorosa esfinge que bajo cada nuevo punto de vista ofrece un

(1) El autor habla aquí de todo lo que no es el mal moral.

nuevo misterio. Y así como el hombre no puede alcanzar ni con su razon, ni con su imaginacion, ni con su entendimiento lo que hay en su naturaleza de singularmente complejo y de misteriosamente oscuro, no puede tampoco alcanzar, aunque ponga en juego todas las potencias de su alma, la distancia inmensa que hay entre nuestros pecados y el pecado de aquel hombre, único como él por su profundísima malicia y por su grandeza incomparable. Después de Adam nadie ha pecado como Adam, y nadie pecará como él en toda la prolongacion de los tiempos. Participando el pecado de la naturaleza del pecador, fué uno y vario á un tiempo mismo; porque fué un solo pecado en realidad y todos los pecados en potencia; con él puso Adam mancha en lo que ya no puede ponerla ningun hombre, en el puro albor de su inocencia purísima; poniendo unos pecados sobre otros, los que pecamos ahora no hacemos otra cosa sino poner manchas sobre manchas; solo á Adam le fué dado oscurecer el ampo de la nieve; con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal más grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relacion, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se temple en algun modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado. Esta, sin duda, debe ser la razon de por qué la fealdad física parece que disminuye siempre con los años; la vejez no es cosa que sienta mal á la fealdad, como la fealdad pierde lo que tiene de repugnante cuando se armoniza con las arrugas. Nada, por el contrario, es más triste de ver, y nada más horrible de imaginar, que la vejez puesta en la cara de un ángel, ó la fealdad junta con la primavera de la vida. Las mujeres que habiendo sido hermosas conservan siendo viejas rastro de lo que fueron, me han parecido siempre horribles; hay algo en mí que me da voces y me dice: ¿Quién ha sido el gran culpable que juntó por primera vez las cosas que hizo Dios para que estuvieran separadas? No: Dios no ha hecho la hermosura para la vejez, ni la vejez para la hermosura. Luzbel es el único entre los ángeles, y Adam entre los hombres, que juntaron todo lo que hay de decrepito y de feo, con todo lo que habia de resplandeciente y hermoso.



II

De como saca Dios el bien de la trasmision de la culpa y de la pena, y de la accion purificante del dolor libremente aceptado

La razon, que se subleva contra la pena y la culpa que se nos transmiten, acepta sin repugnancia, aunque con dolor, lo que nos fué transmitido, si pierde su nombre propio para tomar el de desgracia inevitable. Y sin embargo, no es cosa árdua demostrar de una manera evidente que esa desgracia no podia convertirse en ventura sino con la condicion de ser una pena; de donde resultará por consecuencia forzosa, que en su definitivo resultado es ménos aceptable la solucion relacionista que la solucion dogmática.

No considerando nuestra actual corrupcion sino como un efecto físico y necesario de la corrupcion primitiva, y debiendo durar el efecto tanto como su causa, es claro que no habiendo modo ninguno de hacer que desaparezca la causa, no le hay tampoco de hacer que desaparezca el efecto. Siendo la corrupcion primitiva causa de nuestra corrupcion actual un hecho consumado, nuestra corrupcion actual es un hecho definitivo, que nos constituye en una desgracia perpétua.

Considerando, por otra parte, que no puede darse ninguna manera de union entre lo corrompido y lo incorruptible, síguese de aquí que por la explicacion racionalista se hace imposible de todo punto la union del hombre con Dios, no sólo en el tiempo presente, sino tambien en el venidero. En efecto, si la corrupcion humana es indeleble y perpétua, y si Dios es eternamente incorruptible, entre la incorruptibilidad de Dios y la corrupcion perpétua del hombre hay una invencible repugnancia y una contradiccion absoluta. El hombre, pues, por este sistema, queda apartado de Dios perpétuamente.

Y no se me arguya diciendo que el hombre pudo ser redimido; porque cabalmente la consecuencia lógica de este sistema es la imposibilidad de la redencion humana. Para la desgracia no se da redencion, sino en cuanto es concebida como una pena que viene detrás de un pecado; suprimido el pecado, procede la supresion de la pena; y con la supresion del pecado y de la pena, se hace irremediable la desgracia.

Por este sistema, es de todo punto inexplicable el libre albedrío del hombre: en efecto, si

el hombre nace en el apartamiento necesario de Dios, si vive en el apartamiento necesario de Dios, y si muere en el apartamiento necesario de Dios, ¿qué significa y qué es el libre albedrío del hombre?

Si no hay trasmision de la culpa y de la pena, luego al punto viene al suelo el dogma de la redencion y el de la libertad humana, y con ellos todos los otros juntamente; porque si el hombre no es libre, no tiene el principado de la tierra; si no tiene el principado de la tierra, la tierra no se une á Dios por el hombre; y si no se une á Dios por el hombre, no se une á Dios de manera ninguna. El hombre mismo, si no tiene libertad, no se aparta de Dios de una manera para volver á Dios en otra forma; se aparta de él absolutamente; Dios no le alcanza, ni con su bondad, ni con su justicia, ni con su misericordia; todas las armonías de la creacion se desvanecen, todos los vínculos se rompen, el caos está en todas las cosas, todas las cosas en el caos; por lo que hace á Dios, deja de ser el Dios católico, el Dios vivo; Dios está en lo alto, las criaturas en lo bajo, y ni las criaturas se cuidan de Dios, ni Dios se cuida de las criaturas.

En ninguna otra cosa resplandeció tanto la divina consonancia de los dogmas católicos como en esa trabazon admirable que todos tienen entre sí, la cual es tan maravillosa y tan íntima, que la razon humana no puede concebir otra mayor, viéndose puesta en la tremenda alternativa de aceptarlos todos juntos ó de negarlos todos juntamente. Lo cual consiste en que no contiene cada uno de ellos una verdad diferente, sino una misma verdad, correspondiendo exactamente el número de los dogmas al número de sus aspectos.

Ni hemos apurado todavía las consecuencias que se seguirian forzosamente de considerar la lamentable desgracia del hombre caído, haciendo abstraccion absoluta de la pena. En efecto: si su desgracia no es al mismo tiempo que una desgracia, una pena; si es solo un defecto inevitable de una causa necesaria, que da sin explicacion ninguna lo poco que conservó Adam y que conservamos nosotros del estado primitivo; siendo digno de notarse, en contra-



dición con lo que á primera vista parece, que no es la justicia, sino, por el contrario, la misericordia la que más resplandece en aquella solemne condenación que siguió inmediatamente al pecado. En efecto: si Dios se hubiera abstenido de intervenir con su condenación en esta tremenda catástrofe; si viendo al hombre apartado de sí, le hubiera vuelto la espalda y hubiera entrado en su tranquilo reposo; ó para decirlo todo de una vez, si en vez de condenarle le hubiera dejado entregado á las inevitables consecuencias de su voluntaria desunión y de su voluntario apartamiento, su caída hubiera sido irremediable, y su perdición infalible. Para que su desastre pudiera tener remedio, era necesario que Dios se acercara al hombre de alguna manera, volviéndosele á unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada. La pena fué el nuevo vínculo de unión entre el Criador y su criatura, y en ella se juntaron misteriosamente la misericordia y la justicia: la misericordia, porque es vínculo; la justicia, porque es pena.

Quitando á los padecimientos y á los dolores lo que tienen de pena, no se les quita sólo lo que tienen de lazada entre el Criador y la criatura, sino que se les quita también lo que en su acción sobre el hombre tienen de expiatorio y de purificante. Si el dolor no es una pena, es un mal sin mezcla de bien ninguno; si es una pena, el dolor, que es un mal bajo el punto de vista de su origen, que es el pecado, es un gran bien bajo el punto de vista de la purificación de los pecadores. La universalidad del pecado es causa necesitante de la universalidad de la purificación, la cual á su vez exige que el dolor sea universal, para que todo el género humano se purifique en sus misteriosas aguas. Esto sirve para explicar por qué padecen todos los nacidos, hasta que mueren, desde que nacen. El dolor es compañero inseparable de la vida en este valle oscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos y humedecido con nuestras lágrimas. Todo hombre es un sér doliente, y todo lo que no es dolor le es extraño: si pone los ojos en lo pasado, siente pesar al verlo desvanecido; si los pone en lo presente, siente congoja, porque lo pasado fué mejor; si los pone en lo venidero, siente turbación, porque lo venidero todo es misterios y sombras. Por poco que considere, advierte que lo pasado, lo presente y lo venidero es todo, y que el todo no es nada: lo pasado ya pasó, lo presente va pasando, lo venidero no es. Los menesterosos van cargados de fatigas, los abastecidos padecen harturas, los potentes soberbias, los ociosos tedio, envi-

dias los bajos, los altos desdenes. Los conquistadores que van empujando á las gentes, van empujados por las furias, y no atropellan á los otros sino porque van huyendo de sí mismos. La lujuria consume con sus impúdicos ardores las carnes del mozo; la ambición toma al mozo, hecho hombre, de manos de la lujuria, y le abrasa con otras llamas y le mete en otras hogueras; la avaricia le coge cuando la lujuria no le quiere y cuando la ambición le abandona, ella le da una vida artificial que llama el insomnio; los viejos avaros no viven sino porque no duermen, su vida no es otra cosa sino la falta de sueño.

Pasea toda la tierra en ancho y en largo, vuelve los ojos atrás, tiéndelos adelante, devora los espacios y recorre los tiempos, y ninguna otra cosa hallarás en los dominios de los hombres sino esto que ves aquí: un dolor que no remite, y una lamentación que nunca acaba. Y ese dolor, aceptado voluntariamente, es la medida de toda grandeza; porque no hay grandeza sin sacrificio, y el sacrificio no es otra cosa sino el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes, son aquellos que, siendo traspasados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor, con su cuchillo. Los que la Iglesia llama santos, son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y los de la carne juntamente. Santos son los que, estrechados por la avaricia, dieron de mano á todos los tesoros del mundo; los que solicitados por la gula, fueron sóbrios; los que abrasados por la lujuria, aceptaron santamente el combate y fueron castos; los que entrando en batalla con pensamientos sucios, fueron limpios; los que se levantaron tan altos por la humildad que vencieron á su soberbia; los que sintiéndose tristes por el bien ajeno, de tal manera se esforzaron, que convirtieron en santa alegría su torpe tristeza; los que dieron en tierra con la ambición que los levantaba á las nubes; los que siendo perezosos se tornaron diligentes; los que viéndose abatidos por los pesares, dieron á sus pesares libelo de repudio y se levantaron á la alegría espiritual por un esfuerzo generoso; los que enamorados de sí, renunciaron á su propio amor por el amor de los otros, ofreciendo por ellos su vida con heroico desprendimiento en perfectísimo holocausto.

El género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razón se observa que en todos los tiempos, en todas las zonas y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje á los grandes infortunios. Edipo es más grande



en el día de su infortunio que en los tiempos de su gloria; el mundo ignoraría su nombre, si el rayo de la cólera divina no le hubiera derrocado de su trono. La melancólica belleza que resplandece en la fisonomía de Germánico, le viene del infortunio que le alcanzó en la primavera de la vida, y de aquella bella muerte que murió lejos de la amada patria y de los aires de Roma. Mario, que no es más que un hombre cruel cuando es levantado por la victoria, es un hombre sublime cuando cae en el cieno de las lagunas desde su escollo eminente. Mitrídates nos parece más grande que Pompeyo, y Aníbal más grande que Scipion. El hombre, sin saber cómo, se inclina siempre del lado del vencido; el infortunio le parece más bello que la victoria. Sócrates es ménos grande por la vida que vivió, que por la muerte que le dieron; la inmortalidad no le viene de haber sabido vivir, sino de haber muerto heroicamente; él debe ménos á la filosofía que á la cicuta (1). El género humano se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido á César morir como los demás hombres mueren; su gloria era tan grande, que merecía ser coronada con un gran infortunio. Morir tranquilamente en su lecho, vestido con la potestad soberana, es cosa permitida apenas á Cromwel. Napoleon debió morir de otra manera; debió morir vencido en Waterlóo; proscripto por la Europa, debió ser puesto en un sepulcro fabricado por Dios para él desde el principio de los tiempos; un ancho foso debía separarle del mundo, y en ese foso anchísimo debía caber el Océano.

El dolor pone una cierta manera de igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos; por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio; el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ni el ambicioso sin perder algo de su ambición, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da lo que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse más inclinado á compasión, ni el altivo sin encontrarse más humilde, ni el voluptuoso sin hacerse más casto; el violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor que entró de esa gran fragua de los

(1) El autor aquí se limita á consignar los hechos tales como los narra la historia.

dolores; los más salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron; quién entró impío y sale religioso, quién avaro y sale limosnero, quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas, quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hay un no sé qué de fortificante y de viril y de profundo, que es origen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza á descender con un progreso á un mismo tiempo rápido y continuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va á la infamia. Su heroísmo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierde su vitalidad, y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste á su voz, péfida á un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye des-pavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica á los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

Cuando esto sucede, ó sucumbe miserablemente, ó sale de allí de todo punto transformado; el niño que por allí pasa, no llega á mozo, al mozo le nacen canas, y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento, y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoísta y estravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le poneis en lugar humilde, irá á caer de las manos de la justicia, en las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estre-mecereis de terror al verle soltar las riendas á sus apetitos voraces y á sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar á los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas á los piés de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el ópio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Voluptuosos y afeminados eran aque-



llos mónstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con títulos de Emperadores. La Francia rindió culto á un tiempo mismo á la prostitucion y á la muerte: á la prostitucion en sus templos y en sus altares, á la muerte en sus plazas y en sus cadalsos.

Hay, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hay algo en el dolor de purificante y de divino. No vaya á creerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites siente en sí cierto dolor, que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal á que por el pecado quedamos todos sujetos; adonde quiera que tienda su vista ó enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estátua muda y llorosa, que siempre tiene delante. El dolor tiene de comun con la Divinidad, que es para nosotros á manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hácia el centro, y cuando corremos hácia la circunferencia; y correr y gravitar hácia él, es correr y gravitar hácia Dios, hácia el cual corremos con todos nuestros pasos y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemente, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdón y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor que es pena, y por la resignacion y el sacrificio al dolor que es medicina. ¿Pues qué locura es la de los hijos de Adam, que no pudiendo huir del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

Por lo dicho se ve cuán maravilloso es Dios en todos sus designios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el orden del desorden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad humana procede la disonancia del pecado, del pecado la degradacion de la especie, de la degradacion de la especie procede el dolor, y el dolor es á un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida, y una pena en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable; lo que tiene de pena; eso mismo tiene de redimible: estando la

gracia en la redencion, la gracia está en la pena. El acto más tremendo de la justicia de Dios viene á ser de este modo el acto más grande de su misericordia, por él puede el hombre, ayudado de Dios, levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptacion voluntaria; y esta aceptacion sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable. Toda negacion de esta doctrina deja en pié el desorden introducido en la humanidad por el pecado; como quiera que conduce necesariamente y á un tiempo mismo á la negacion de algunos de los atributos esenciales de Dios y á la negacion radical de la libertad humana.

Si considerada la cuestion bajo este punto de vista, interesa al órden universal de la creacion, del mismo modo y por las mismas razones la relativa á la prevaricacion humana y á la angélica, considerada bajo un punto de vista más restricto, interesa de una manera directa y fundamental al órden especial puesto por Dios en los varios elementos que componen la naturaleza humana. La aceptacion voluntaria del dolor no produce aquellos grandes prodigios de que hablamos, sino porque tiene la prodigiosa virtud de cambiar toda la economía de nuestro sér radicalmente. Por ella queda domada la rebelion de la carne, la cual vuelve á someterse á la voluntad; por ella queda vencida la voluntad, la cual vuelve á someterse al yugo del entendimiento, por ella se suprime la rebeldía del entendimiento; el cual se sujeta al imperio de los deberes; por el cumplimiento del deber vuelve el hombre al culto y á la obediencia de Dios, de que se apartó por el pecado. Todos estos prodigios obra el que, resolviéndose heroicamente contra sí mismo con un ímpetu generoso, hace fuerza á su carne para que se sujete á su voluntad, y á su voluntad para que se sujete á su entendimiento, y á su entendimiento para que entienda en Dios y por Dios, unido á Dios por el vínculo de los deberes.

No es esta ocasion de exponer con cuáles condiciones y cuáles ayudas puede la voluntad humana levantarse á esfuerzo tan sobrenatural y tan alto. Lo que nos importa ahora, es consignar aquí el hecho evidente de que sin ese levantamiento por parte de la voluntad, manifestado en la aceptacion voluntaria del dolor, no puede ser restaurada aquella soberana armonía y aquel concierto prodigioso que puso Dios en el hombre y en todas sus potencias.



III

De la prevaricacion angélica y la humana grandeza y enormidad del pecado

Hasta aquí (1), he expuesto la teoria católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado, que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueron con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto hacer aquí una relacion seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraíso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar, y que de ninguna otra cosa servirían sino de oscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoria católica se aventaja á las demás por la altísima conveniencia de todas sus soluciones; ahora veremos de qué manera los hechos en que se funda, considerados en sí mismos, aventajan á todas las historias primitivas, por lo que tienen de grandes y de dramáticos. Antes sacamos su belleza por comparaciones y deducciones; ahora admiraremos en ellos mismos, sin apartar los ojos á otros objetos, su incomparable belleza.

Antes que el hombre, y en tiempos sustraídos á las investigaciones humanas, habia criado Dios á los ángeles, criaturas felicísimas y perfectísimas, á quienes fué dado mirar de hito en hito los clarísimos resplandores de su faz, anegados en un piélago de inenarrables deleites, y sumergidos perpétuamente en su perpétuo acatamiento. Eran los ángeles espíritus puros, y las excelencias de su naturaleza mayores que las de la naturaleza del hombre, compuesto de un alma inmortal y del barro de la tierra. Por su naturaleza simplicísima dábale el ángel la mano con Dios, mientras que por su inteligencia, por su libertad y por su sabiduría limitada, habia sido hecho para darse la mano con el hombre; así como el hombre, por

(1) Véanse los primeros capítulos del *Liberalismo*, por Donoso Cortés.

lo que tuvo de espiritual estuvo en comercio con el ángel, y por lo que tuvo de corporal con la naturaleza física, puesta toda al servicio de su voluntad y en la obediencia de su palabra. Y todas las criaturas nacieron con la inclinacion y la potestad de trasformarse y subir por la escala inmensa que, comenzando en los séres más bajos, iba á acabar en aquel sér Altísimo que es sobre todo sér, y á quien los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles conocen con un nombre que es sobre todo nombre. La naturaleza física anhelaba por subir, hasta espiritualizarse, en cierta manera, á semejanza del hombre; y el hombre hasta espiritualizarse más, á semejanza del ángel; y el ángel á asemejarse más á aquel Sér perfectísimo, fuente de toda vida, criador de toda criatura, cuya alteza ninguna medida mide, y cuya inmensidad ningun cerco comprende. Todo habia nacido de Dios, y subiendo debia volver á Dios, que era su principio y su origen; y porque todo habia nacido de él y habia de volver á él, no habia nada que no contuviese en sí una centella más ó ménos resplandeciente de su hermosura.

De esta manera, la variedad infinita estaba reducida de suyo á aquella amplísima unidad que crió todas las cosas, que puso en ellas un concierto pasmoso y una trabazon admirable, apartando todas las que estaban confusas y recogiendo las que estaban derramadas. Por donde se ve que el acto de la creacion fué complejo y que se compuso de dos actos diferentes; conviene, á saber: de aquel por medio del cual dió Dios la existencia á lo que antes no la tenia; y de aquel otro, por medio del cual ordenó todo aquello á que habia dado la existencia. Con el primero de estos actos reveló su potestad de crear todas las sustancias que sustentan todas las formas; con el segundo, la que tenia de crear todas las formas que embellecen á todas las sustancias. Y de la misma manera que no hay otras sustancias fuera de las creadas por Dios, no hay tampoco otra belleza fuera de la que él puso en las cosas. Por eso el Universo, que es la palabra con que se significa todo lo criado por Dios, es el conjunto de todas las sustancias; y el órden, que es la palabra con que se significa la forma que Dios puso en las cosas, es el conjunto de todas las bellezas. Fuera de Dios, no hay criador;